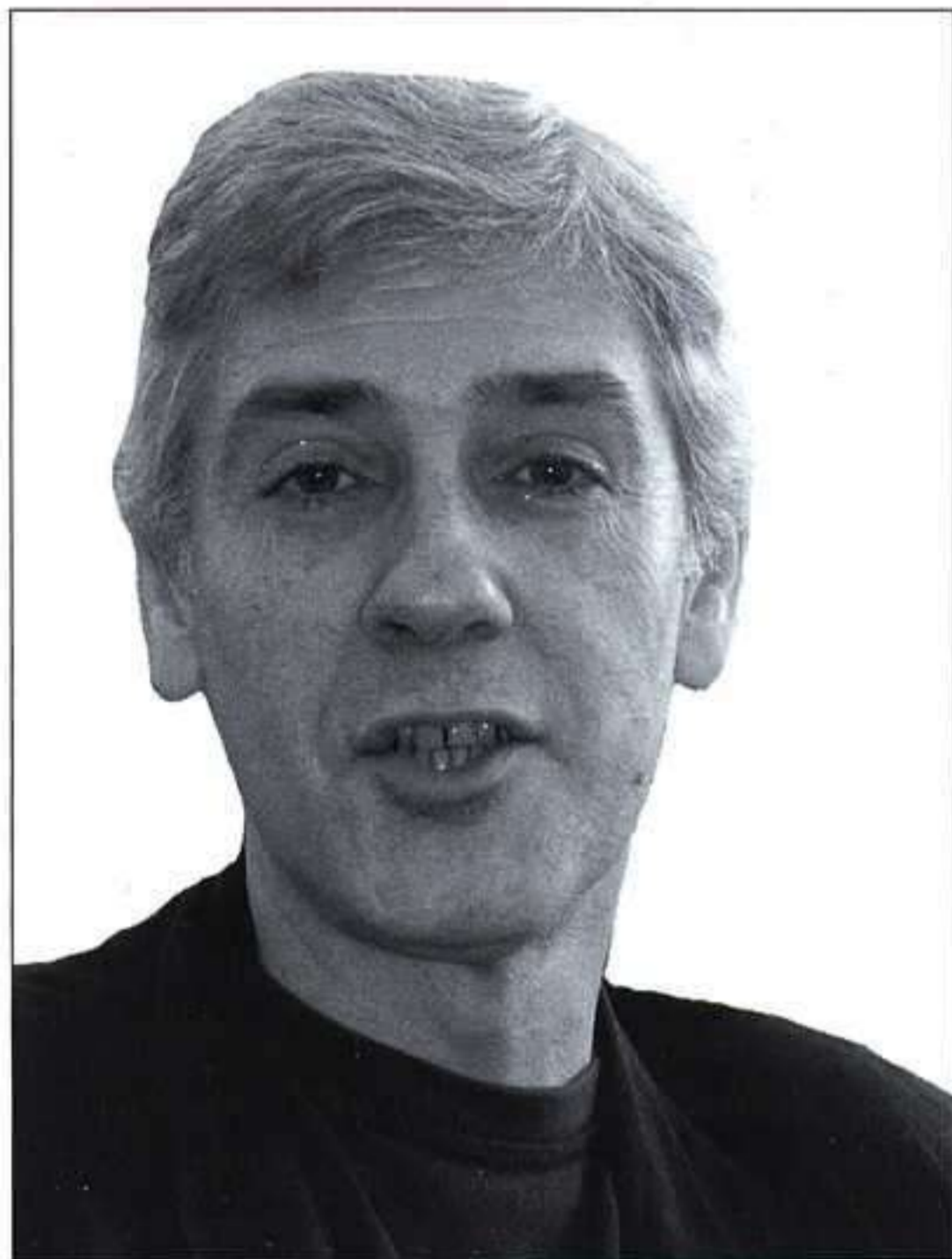


La biblioteca de Hermosilla

Emilio Pascual*

EL ASESINATO DE CLARÍN Y OTRAS FICCIONES

PRIMERA EDICIÓN: 1981



Francisco G. Orejas (1957-)

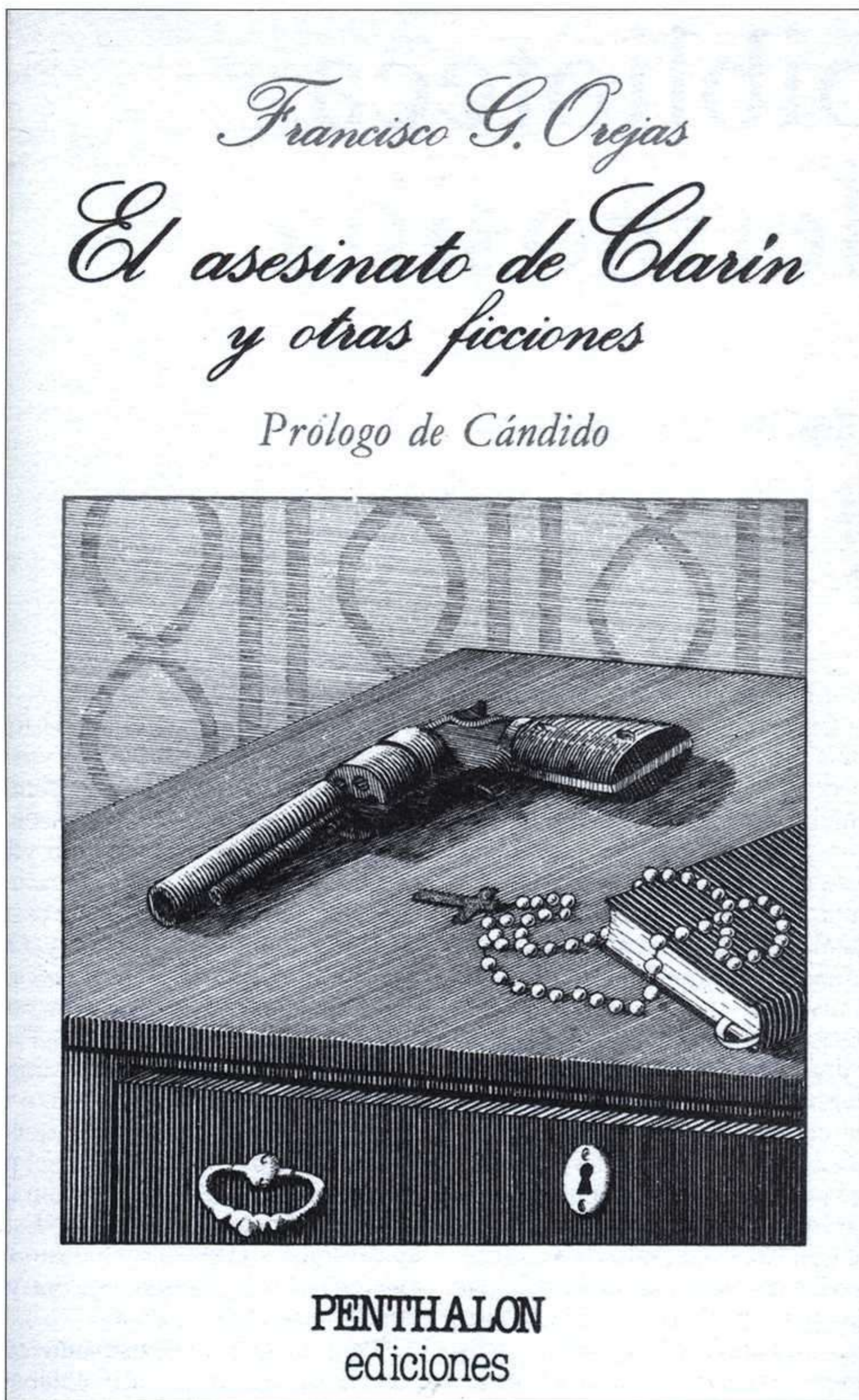
Tampoco perdonó el fuego a la biblioteca de don Crispulo (o Claudio, que en esto hay alguna diferencia entre los historiadores) de la Hermosilla y Pérez, víctima indirecta de la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Como la edad del hidalgo manchego, frisaba la de nuestro «docto varón» los cincuenta, cuando decidió abandonar su casa natal de Brihuega para instalarse «en un modesto inmueble» del Madrid de los Austrias.

Su pasión por la lectura lo llevó a visitar a diario la biblioteca del Ateneo. El 20 de febrero de 1924 se encontró la biblioteca cerrada «por orden gubernativa», y ése fue el origen de su desdicha. Ya fuera por vengarse de tan inoportuna orden, o sólo por alimentar su voracidad lectora, don Crispulo empezó a recorrer las librerías de viejo con una asiduidad impropia del espacio disponible. «Hasta entonces —resume su biógrafo—, su biblioteca particular no iría más allá de los dos mil volúmenes, pero en sólo tres meses duplicó esta cantidad y, a finales del verano, llegaban a diez mil los libros que atestaban su casa». La biblioteca desbordó los límites del salón y anegó los pasillos, las habitaciones y hasta la cocina. Cuando empezaron a invadir su dormitorio, don Crispulo descubrió el placer de dormir rodeado —arropado— de sus libros preferidos. Llegó a construir anaqueles en el vano de la ventana, y finalmente toda la habitación quedó tapizada de libros.

Excesos librescos

Apenas es posible eludir la tentación de transcribir los títulos de tan surtida como sabrosa biblioteca. Su puntual historiador enumera no menos de medio centenar, y causa admiración ver cómo se codea un *Prontuario de ortografía* con el *Fuero Juzgo*, en latín y castellano, o hallar *Romance de lobos* y *Luces de bohemia* al lado de *El gran galeoto*, azarosa muestra de una extraña cohabitación de Valle con Echegaray. Y sin embargo allí convivían Ercilla con Lucas Fernández y Ruiz de Alarcón, o el obispo Bernardo de Valbuena —que alguna vez se glorió de haber escrito el más largo endecasílabo—, ¹ con Juan Nicasio Gallego. Dígase lo mismo de Estébanez y Mesonero, Galdós y Modesto Lafuente, «Clarín» y Pereda, Baroja y Benavente, etcétera y etcétera.

Pero quizá lo más disonante es la tendenciosa región que alimentaba su llamada «instrucción filosófica». En ella encontramos las obras filosóficas, ordenadas alfabéticamente de la A a la Z, desde Agustín de Hipona a Zenón de Elea, si bien se observa la ausencia de las letras E, K, L, N, O, R, U, V, W, expulsando así, sin duda de modo premeditado, nombres tan eminentes como los de Empédocles de Agrigento, Kierkegaard, Leibniz, Nietzsche, Occam, Rousseau, Unamuno, ² Voltaire o Wittgenstein. Tengo para mí que Kant, el puntual y sosegado Immanuel Kant, conocido



como el reloj de Königsberg, se vengó de tamaña omisión, contribuyendo a su aniquilamiento.

En efecto, la noche del 24 de diciembre de 1925, hallábase don Crispulo en la cama leyendo la *Revista de Occidente*, cuando, ya fuera por el peso de los libros o por el desatino de su dueño, cedieron las baldas, y se vio sepultado de pronto por la B.A.E.³ La *Crítica de la razón pura* le partió la clavícula; ⁴ una

edición del *Kempis* lo acertó de lleno en la mandíbula; la *Historia de los heterodoxos españoles* acardenaló su cuerpo de modo inmisericorde; la *España Sagrada*, del padre Flórez, se le llevó una mano, y en fin la *Guía de pecadores*, violentamente proyectada contra su sien izquierda, remató la faena.

Don Claudio (o Crispulo) de la Hermosilla y Pérez, «varón docto, adusto y calvo», feneció en Madrid, en aquella



Retrato de Immanuel Kant.

Navidad de 1925, «de excesos libresco», según puntualiza su exacto cronista. La palmatoria, derribada certeramente por un número de *La Pluma*, hizo el resto. Prendió la cama, y con ella ardió don Claudio y su excesiva, temeraria biblioteca. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. En el prólogo a *El Bernardo* escribe: «En cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones [palabras], sino que el menos lleno tiene cuatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones y diez y ocho sílabas, como el último de la octava 138 del libro IX, que dice: *Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte*».

2. Sin embargo, en otro lugar de la biblioteca, hemos hallado un ejemplar de *En torno al casticismo*.

3. Ni siquiera en esto fue original don Claudio-Crispulo, pues parecido accidente sufrió Al-Cháiz (ca. 775-868), el escritor iraquí nacido en Basora y muerto en Bagdad, tan alabado en Oriente como desconocido en Occidente. Una noticia, no menos verdadera que la que transmitió la caída de don Claudio, cuenta que feneció al caérsele encima los libros que lo rodeaban.

4. Hay aquí otro misterio no explicado. ¿Cómo es que este libro no consta en las llamadas «obras filosóficas», de cuyo índice ha desaparecido la letra K? ¿Fue su probable colocación impropia la que desató las iras de Kant, quizá sólo en busca de un lugar menos arbitrario? En todo caso, la justicia poética parece un poco desproporcionada. ¡Si todavía hubiera sido la *Crítica de la razón práctica*...!